

Javier de Viana



Marca Sola

textos.info
biblioteca digital abierta

Marca Sola

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7662

Título: Marca Sola

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 31 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Marca Sola

A Augusto Murré.

La tarde se acababa. Como la comarca, en toda la extensión visible, era desoladamente plana, el sol se zambulló de golpe en el ocaso, no dejando fuera nada más que las puntas de sus crines de oro: lo suficiente, sin embargo, para avergonzar a la luna, que por el lado opuesto ascendía con cortedad, sabiendo que sus galas no pueden ser admiradas mientras quede en el cielo un reflejo de la pupila grande.

La glorieta de la pulpería se ensombreció repentinamente. Hubo un silencio, durante el cual, en un ángulo, veíase encenderse y apagarse una lucecita roja cada vez que el viejo Sandalio chupaba con fuerza el pucho mañero.

De pronto:

—¡Hay que desatar este ñudo!—exclamó Regino.—No puedo seguir viviendo medio augau con un güeso atravesao en el tragadero!...

—Arrempújalo con un trago'e giniebra,—aconsejó el viejo.

—No, ¡es al cuete!

—¡Qué ha'e ser al cuete!... ¡La giniebra li hace cosquilla a las tripas y alilea el alma, espantando el mosqueterío'e las penas!... ¡Métele al chúpis, muchacho, métele al chúpis!...

—¡No viejo!... Hay tierras que con la seca se güelven piedra, y con la lluvia barro, y cuando no matan de sé a las plantas, les pudren las raíces!...

—¡Muchachadas, no más, muchachadas!...

Regino se puso de pie, disponiéndose a salir.

—¿Ande vas?—interrogó el viejo.

—Pajuera, a tomar aire... ¡m'estoy augando aquí!...

—Vamo a tomar aire!... ¡No es la mejor bebida, pero es la más barata!... ¡Y después cuando un gaucho anda medio apestao del alma, necesita salir campo ajuera pa que naides les oiga los quejidos!... ¡Vamos p'ajuera!...

Salieron, yendo a recostarse en los horcones de la enramada, donde sus caballos esperaban mansamente que se apiadaran de ellos. Pero el viejo Sandalio era poco sentimental, y Regino tenía llena la cabeza con preocupaciones avasalladoras.

Aquel silencio pesaba sobre el alma bulliciosa del viejo gaucho, quien para quebrarlo, repitió su juicio anterior:

—¡Muchachadas, che; son muchachadas!...

—Puede—respondió Regino.

—¡Locuras, hijo, locuras!...

El mozo arrojó al suelo el cigarrillo, que se negaba a arder, y respondió colérico:

—¡Locuras!... ¡Locuras que son pior que la muerte; que son como peludo que hace cueva en el alma y escarba siempre, de noche y de día, de mañana y de tarde, a todas horas, sin parar, sin cansarse;... y cada vez las uñas se afilan más, y se hunden más adentro y cavan más hondo, y echan p'ajuera más tierra!... ¡Y esa tierra, viejo, es la ilusión que sale, es la confianza que se va, es la fe que se pierde!... ¡La cueva se alarga, se ensancha, se retuerce, y poco a poco se va llenando de dudas;... y con el tiempo, las dudas se pudren allá adentro, y se convierten en odio!... ¡Y entonces, viejo, entonces, el alma no es más que una osamenta agusanada que giede y qu'envenena!...

—¡A esos peludos, amigo, se Pechan los perros de la reflisión!...

—¡Si están juidos los perros!—respondió con amargura el gaucho.

—¡Sos vos qu'estás juido y con ganas de perderla sin correr!... Vamos a ver: ¿Qué quejas tenés de Filumena?

—¿Qué quejas?... ¡Ah! ¡Usted no sabe!... Esta mañana, no pudiendo aguantar más, la obligué a hablar. Y habló y me dijo ansina: "Ya que querés saberlo todo, yo te quiero, yo te he sido y te seré siempre fiel; pero antes que a vos, quise a Rumualdo, y el corazón no es una taza que se lava y que después de lavada no guarda rastro de lo que tuvo adentro!... ¡Y si a mí me ha quedao algo del cariño que tuve a Rumualdo, no es culpa mía, ni me lo puedo sacar, ni estorba al cariño que te tengo a vos, ni te ofende tampoco!"... ¡Ansina dijo!...

—¿Y vos?—preguntó el viejo.

—¡Yo tuve miedo de hacer una barbaridá, y monté a caballo y me vine, dando güeltas, tragando aire pa refrescar el alma y encontrar la portera pa salir del campo fiero!...

—¿Encontraste?

—No; ¡pero cuando uno se encuentra perdido, embretao, con la serrazón encima, no es delito meniarle cuchillo al alambrao!... ¡Yo voltiaré un poste pa vandiar!... ¡Un gaucho de raza no cuida caballo contramarca. Aunque sea bien de uno, la marca del otro le recuerda que jué de otro!... ¡Qué se vaya! ¡que se vaya!... ¡Mi caballo y mi mujer han de ser de marca sola: de mi marca!...

Chupó el cigarrillo el viejo, y dijo:

—Eso era güeno en antes... ¡Yo soy más gaucho que vos, y ando en caballo emprestao... y hasta me ha tocado ensillar yeguas!...

—Cuestión de genios: yo andaré a pie, como los árabes, el día que no tenga pa ensillar animales de mi marca... ¡de mi marca sola!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.